

responsabilidad amor fraternidad
todossoñostodos

II Certamen Literario
de Participación Social de Castilla y León

convivencia respeto solidaridad
El Norte de Castilla



Consejo
Económico y Social
de Castilla y León

dignidad igualdad

Premio Categoría Libre

[Ex aequo]

'La carta de Hispania'

de

José Ramón Alonso Peña

RELATO

'La carta de Hispania'

de

José Ramón Alonso Peña

todosoñostodos

II Certamen Literario

de Participación Social de Castilla y León

El Norte de Castilla



Consejo
Económico y Social
de Castilla y León

La carta de Hispania

Seudónimo: Mánix

Una vivienda excavada en la última campaña arqueológica realizada en el barrio norte de Pompeya ha dado un resultado espectacular: un muro derrumbado y varias toneladas de cenizas volcánicas han protegido y conservado, entre otros restos excepcionales, un documento único, una carta de un antiguo legionario que vive en Hispania y que escribe a su hijo que se encuentra en Roma.

La carta, escrita en un rollo de pergamino, nos presenta una imagen fascinante de la relación entre los varones de una familia, de la formación para el futuro de un joven romano y del compromiso de unos ciudadanos mediante su participación en el funcionamiento y la gobernación de las instituciones del estado.

La carta dice así:

Querido hijo:

Espero que te encuentres bien. Hace semanas que deseaba escribirte, pero cada día la noche se me echa encima sin haber terminado las tareas que me había propuesto para esa jornada. No sé si con los años me he vuelto más vago, pero desde luego sí soy más lento.

Tu madre me pide que te diga que te añora y que te está bordando un manto hilado con la lana de nuestras propias ovejas. Ya le digo que si cree que en Roma no hay mantos ni lana ni ovejas, pero siento que ella busca abrazarte de esa manera, que en el calor y la suavidad de esa prenda recibas su cercanía y sus caricias, como cuando eras todavía un niño. Tus hermanas también te mandan su cariño y sus recuerdos.

Por casa todo está bien, este año ha llovido poco y los campos están más secos de lo que quisiera. La cosecha no ha sido tan buena como podría haber sido, pero una fuerte chaparrada a comienzos de agosto nos dio el empujón necesario justo antes de empezar la siega. Aun así, este es el destino de los agricultores, mirar siempre al cielo, suspirar por las lluvias o temer a los granizos. Afortunadamente, las dos lagunas que tenemos cerca y el arroyo mantienen un nivel aceptable y parece que ni personas ni animales pasaremos dificultades. Ya es más que lo que pueden decir muchos de nuestros vecinos que miran a sus menguantes pozos con honda preocupación. Los dioses deben estar cansados de nuestra estupidez, nuestra soberbia y nuestra vanidad.

Me alegro de que te llegara bien el último envío. Ojalá pudiera hacer más. Déjame que yo también te agradezca. Recibo tus cartas con una alegría que es difícil de expresar. Intento leerlas despacio para que me duren más, pero no lo consigo. Las devoro y luego las leo y releo hasta que me las sé de memoria. Intento imaginar las calles por donde paseas, la gente con la que te encuentras, las cosas que vives y que ves. Eres afortunado y me siento orgulloso de ti. Hablo con tu madre de tus éxitos y presumo ante los amigos de que estés en la capital del Imperio. Yo nunca estuve en Roma, pero tus cartas me hacen imaginar las cuadrigas en el Circo Máximo, la belleza de los templos y la animación de los mercados y el foro. En tu última carta me decías que echabas de menos el clima y la tranquilidad de Hispania. Son épocas, hijo y ahora estás en una edad de implicarte, de aprender, de participar, de avanzar en tu carrera, de viajar y conocer mundo.

Leo las obras de Cicerón que me mandaste y que tanto te agradezco y aunque hayan pasado más de doscientos años, pienso que siguen totalmente vigentes. También siento que las he leído tantas veces que ya no sé si es Cicerón o yo el que habla, pero me hace pensar en cómo deben ser las cosas y como dice tu tío Celso, los libros nos

permiten hablar con los muertos. Esos romanos de antes sí que sabían gobernar y servir al estado. Las leyes se hacen para el bien de los ciudadanos y es bueno que reclamemos, que mostremos nuestro desacuerdo, que incluso pidamos a los senadores que las cambien, pero también creo, como escribe el propio Cicerón, que somos esclavos de la ley, porque eso es lo que nos hace libres. Querido hijo, no te quedes al margen, no te calles, no uses esa expresión tan en boga ahora entre los de tu edad: «me da igual». Nada debe darte igual, porque casi nunca son iguales las cosas si te implicas que si no te implicas. Ganarás alguna batalla y perderás otras, eso te dice este viejo legionario con el cuerpo lleno de cicatrices, pero de las que te arrepentirás no serán tanto de las que terminen en fracaso, y nunca será completo, sino de las que no intentes, de las que dejes pasar.

Hay muchas cosas en las que puedes participar. Una sociedad pujante como la nuestra necesita a sus jóvenes, sus opiniones, su empuje y también sus quejas. Está el ámbito de las obras públicas, es necesario planificar para que nuestras ciudades puedan crecer, necesitamos calles, puentes, murallas y también cloacas. En esta época de sequía hemos agradecido el esfuerzo de los años anteriores en construir la presa del río. Nos ha dado tranquilidad y esperanza ¡y que podamos seguir usando las termas y no estemos como ranas chapoteando en el barro! Otro ámbito en el que sin duda puedes hacer mucho es el de la cultura, proteger a los escritores, mejorar los teatros, ayudar con tus sugerencias a que la programación sea mejor. La gente a veces parece pensar que una buena temporada de deportes y actuaciones en el circo surge de la nada. Tú sabes que no es así, hay muchas personas que con generosidad y talento aportan, trabajan, suman y coordinan. Hay cientos de temas: el cuidado de los enfermos, la formación de los jóvenes, la mejora de la economía, los tratados internacionales y los temas locales y en todos necesitamos personas honestas y bien formadas, ciudadanos como tú que aporten

su experiencia, pero también sus ideas, su entusiasmo y su implicación. La vida me ha tratado bien, pero siento que podría haber hecho más, que he trabajado muy de puertas hacia dentro y hace falta cuidar también lo de puertas hacia afuera. Roma no son los edificios y las calles, son los romanos.

Debes ser modesto en la evaluación de ti mismo y moderado en los objetivos personales que te plantees, pero también debes aspirar a alcanzar lo más que puedas ser, a aportar todo lo que puedas a la gloria de Roma. Debes conocer las leyes, debes mejorar tu oratoria, debes competir por la mejor opinión de tus compañeros y vecinos, por prestar un buen servicio en el ejército, por lograr los votos y la aprobación general en las responsabilidades que asumas en la ciudad. Hijo, solo te ruego una cosa, que intentes superar mis logros y los de nuestros ancestros, que la última generación, ahora eso eres tú, sea la mejor, que lleves el nombre de la familia tan alto como puedas. No hay mayor alegría para un padre que sentir que lo ha hecho bien, que su hijo es su sangre, pero también que es la mejor versión de esa sangre. No te fíes de la diosa Fortuna, fíate del trabajo, del esfuerzo y del mérito. No caigas en la tentación del aplauso ni seas terco ante las críticas, de todo se puede aprender, pero se aprende más de las censuras que de los elogios. Como decía mi centurión ¡el halago debilita!

Sé que no te aporé en muchos campos. No tienes una mansión de la familia en Roma que pudieras usar para agasajar a amigos y partidarios, ni apenas dinero más allá de los denarios que te puedo mandar para que te mantengas con sobriedad y un mínimo bienestar, ni contactos importantes, ni un nombre famoso, pero tienes valores, ejemplo, un nombre limpio y una buena educación. Creo que no es poco, hijo mío. Esa es la herencia que tu padre te dejará, junto a muchos buenos consejos y estos trigales que riego con sudor cada día. Y estaré a tu lado siempre, como hoy, aunque estemos a tanta distancia.

Me preguntabas en tu carta anterior cómo puedes participar y cómo debes participar. Soy un hombre tosco, querido hijo, sé de armas y de cosechas, un pobre bagaje para decir algo interesante, pero comparto contigo unas ideas por si algo, por casualidad no por talento, te fuera de utilidad. Discúlpame si son cosas sabidas, pero repasarlas contigo quizá nos ayude a los dos.

Lo primero es la defensa del individuo, del ciudadano. Todos los autócratas y dictaduras tienden a violar las garantías individuales. En Roma ya lo hemos sabido repetidas veces. Aquellas personas que se oponían al emperador o al dictador de turno sufrían maltrato, presiones, se les confiscaban sus bienes o simplemente se les asesinaba. Así que un primer aspecto debe ser preservar al débil frente al fuerte, respetar al individuo frente al estado y proteger esos valores que nuestros padres nos dieron y que yo intento dejarte a ti: la libertad, la seguridad, la igualdad, el respeto a las leyes y la propiedad. Nada de ello va en contra del bien común, de la preocupación por la comunidad, de la búsqueda de un bienestar para todos. Hijo, si esta primera condición no se cumple, es muy probable que un ciudadano común se abstenga de participar en los asuntos públicos por miedo a sufrir represalias. Las calles del foro han visto demasiadas veces sangre derramada o lesiones menos aparentes, insultos o chismes, daños que en ningún caso se tendrían que haber producido.

El segundo punto no sé si acierto a explicarlo bien, pero creo que para esa participación son necesarias formas, caminos, canales. ¡Acueductos si me apuras! No quiero decir que deban ser rígidos, todo lo contrario, deben estar abiertos a adaptarse a los tiempos, pero debe haber cauces y normas y costumbres que aclaren y favorezcan la participación en la sociedad. Somos romanos y creemos en las leyes, pero es importante que tengas claro que las leyes no solo nos obligan a nosotros, sino que también obligan a las propias leyes. Generan estabilidad, compromiso, es un código grabado en bronce o

en piedra o en pergamino, pero es también un código de conducta, las normas son hechas por los hombres para servir a los hombres y hay ¡y debe haber! códigos y sistemas para mejorarlas, para adaptarlas, para que nos sirvan mejor.

Lo tercero también dudo sobre cómo llamarlo. Es comunicación, información, transparencia. Poco podemos hacer sobre lo que no conocemos y es difícil opinar sobre las cosas ocultas. Los ciudadanos, al menos en este imperio, tenemos el derecho al escrutinio, tenemos la obligación de evaluar los servicios públicos, tenemos que pesar y sopesar los resultados de cónsules y tribunales. Eso es lo que nos hace ciudadanos libres. Es cierto que hemos tenido gobernantes que no eran muy diferentes de los sátrapas de Oriente, pero no es menos cierto que los verdaderos romanos lo vivían con rabia y rechazo. Poder criticar te permite obedecer con convicción. En Roma nacen rumores que se extienden hasta los confines más lejanos del imperio, incluso llegan a estas tierras de trigo y viñedo y por eso es importante que la información veraz y no solo los edictos del emperador fluyan a través de las calzadas y vías. Siento que las mentiras viajan en caballos al galope y la verdad en lentos carros, pero si lo sabemos, y si terminan por llegar, sabremos esperar.

Lo último que se me ocurre en esta carta que lleva el cariño disfrazado de consejos es que creas en Roma, creas en nuestras instituciones, es muy fácil criticarlas y a veces es también obligatorio, pero no ver lo mucho bueno que tenemos es también un tipo de ceguera. La fuerza de Roma no son sus legiones en las que serví como sabes veintiséis años, sino la solidez de las leyes, la fuerza de las instituciones, el valor de ser ciudadano. Incluso en los momentos más oscuros hemos sabido siempre que el sistema velaba por el bienestar general. Incluso con los peores dirigentes, hemos recordado que las instituciones pervivirían y nos sacarían de ese pozo. Nunca, ni en las horas más

tristes de Roma hemos perdido la confianza en un futuro que construiríamos entre todos.

Por todo eso, hijo, es necesario que te impliques, que participes, que creas en la bondad intrínseca de las leyes y las instituciones, pero también que ayudes a mejorarlas. Esa es quizá la fuerza de la democracia, que el hijo de un antiguo legionario, el hijo de un campesino ahora, el que labra estas tierras que me dio Roma en agradecimiento a horas de batallas, días y noches de guardias, meses de marchas, años de servicio, ahora tiene un hijo capaz de mejorar a la propia Roma. Inténtalo, implícate, atrévete, no tengas miedo al fracaso, incluso las cosas que no te salgan, merecerán la pena y te harán un digno hijo de Roma. No digo digno hijo de tu padre, porque eso lo has sido y lo serás siempre.

Te abrazo, hijo y te tengo en mis pensamientos y en mis oraciones. Que los dioses te protejan y nunca olvides a tus padres que te quieren y te echan de menos.